



**«(FRAY GIROLAMO MARIA FRANCESCO MATTEO  
SAVORANOLA EN LOS INFIERNOS)» Y OTROS POEMAS**

Adalber Salas Hernández

**(Anábasis)**

Un autobús en medio de la carretera. Así termina esto. Un poco más atrás, abandonado, sin gasolina, hay un transporte militar recorrido por agujeros de balas. El día en que nos fuimos, guardamos toda la ropa que cupo en las mochilas y los bolsos. Tomamos algunas joyas y las empacamos también; el resto lo escondimos detrás de la nevera, pensando que llegaría el día en que las necesitaríamos. Dinero oculto en las medias, en la ropa interior. Mi hija pegó a la puerta de la cocina una carta pidiendo a quienes vinieran que no rompieran nada, por favor. Los retratos, las fotos familiares, todo se lo van a llevar las hormigas, me dijo cuando salimos del edificio, todo lo van a desmigajar poco a poco para guardarlo en sus ciudades secretas. Mi hermano tenía un contacto, alguien que nos podía conseguir un puesto en alguno de los barcos, seguro, segurísimo, tan cierto como el peso de un durazno o el olor a mañana del pan sobre la mesa. Por un precio, claro. Pagamos. El autobús en el que viajábamos fue detenido dos veces, una de ellas al abandonar la ciudad, pero no nos bajaron. Adentro, nadie decía nada: el horizonte nos pasaba su navaja por la lengua. Íbamos

pendientes del chillido intestino de los frenos, dejándonos digerir por el calor, morosamente, sobre el forro de plástico de los asientos. A veces recostaba la cabeza contra el respaldar y trataba de imaginar cómo nos veríamos desde lejos, moviéndonos en la carretera vacía, suturando la distancia que nos separaba de la costa. No recuerdo quién me había dicho que el océano no se parecía al agua, que casi era un enorme papel arrugado por alguna mano distraída. Pero esto lo pienso ahora. Cuando vimos la costa, endeble, allá, sólo pensé: mar. Y decíamos: mar. Que era como decir párpados inagotables. Que era como decir hambre. Que era como decir la saliva del tiempo. Que era como decir el cabello interminable de los muertos. Que era como decir terror. El mar era el animal asustado más grande que habíamos visto. Marchábamos hacia él cuando escuchamos los disparos. Más adelante estaba el camión, soldados disparando a no sé quién, pequeños, aún remotos. El conductor aceleró. Quería atravesar a toda velocidad el fuego cruzado, no podíamos parar, no sabíamos qué harían con nosotros. Sin darnos la orden de alta, sin mediar un gesto, nos llenaron de balas. El conductor se detuvo de inmediato. Rato después, cuando se acabaron las detonaciones, vinieron por nosotros. Se llevaron a todas las mujeres, mataron a todos los hombres. Se fueron con prisa, ni siquiera nos registraron. Nos dejaron aquí tirados, la sal de la tierra. Así termina un autobús en medio de la carretera, en plena noche, triste como un perro en celo.

(Sin título)

Guantes semitransparentes, pegajosos, bisturí ya sin filo, mascarilla, bata blanca demasiado holgada. Tengo quince años y estoy en el laboratorio, clase de biología, rodeado de pequeños animales en jarras de formol, modelos anatómicos hechos de plástico e instrumentos de precisión que nadie ha llegado a utilizar. Cada semana, un esqueleto colgante nos mira desde su esquina, mientras nos esforzamos por comprender el secreto torpe y viscoso que guardan los cuerpos vivientes. Hoy tocó traer un corazón de res. Cargué toda la mañana con su peso negro, grasiento, encerrado en una hielera para que no se pudriera. Lo he llevado auestas, paciente.

Ahora está en la mesa, sobre una tabla de disección. No se estremece cuando lo abro, atravesando el tejido adiposo lo mejor que puedo, aguantando el olor denso que se pega a la garganta. Fibras elásticas, membranas, atrios y ventrículos, todo resistente al tacto, sitios donde crecía una flora áspera, tierra ansiosa y fría que no es patria de nadie. Por allí pasaba la sangre llevando sus pertenencias, su contrabando de cemento, a través de la válvula pulmonar, para luego pasar por la aórtica, que se estiraba en un mugido espeso.

Un instrumento enorme, atroz, carne y grasa terca apretadas con furia, pliegue sobre pliegue justo como el mío, oculto en la oscuridad amniótica del pecho, entre los resortes, engranajes y cables gastados de la caja torácica, lejos del borde amargo de las cosas, pulsando como una de esas galaxias hundidas en la distancia, cuya luz se erosiona y envejece antes de alcanzarnos. La única virtud de este

aparato fue su ceguera; aquí, en el purgatorio de la mesa, entre el cuerpo del que fue arrancado y el paraíso mudo de las lámparas halógenas, se encuentra expuesto, disminuido, ofreciendo a la vista los pasajes por los que corría la voz inarticulada que nos amamantó a todos alguna vez, la misma que nos dio de comer el limo ronco de la vida. Está quieto, sin retórica, puro andamio, lugar de paso. Supo que la distancia no se mide en metros, sino en desapariciones. Que yo no es otro; que yo es ninguno, una serie de latidos amontonados, ruido y óxido, prosodia sin dueño.

(fray Girolamo Maria Francesco Matteo  
Savonarola en los infiernos)

Cocina, sala de estar, una habitación, un baño.  
Verde cansado en las paredes. Refrigerador, horno  
a gas, ollas y sartenes, cubiertos, un par  
de vasos. Cama, mesa de noche, lámpara, closet,  
juego de sábanas extra. En la sala, un sillón de cuero  
artificial frente al televisor. Toallas junto a la ducha,  
cepillo de dientes, aunque la pasta se haya acabado hace siglos.  
Setenta metros cuadrados. No hay ventanas, pero  
sí cortinas. Ninguna puerta.

Girolamo Maria Francesco Matteo Savonarola  
no sabe cuántas horas duerme cada vez que se acuesta,  
si es de mañana o de noche, si esa anatomía rancia  
sobre la cama es realmente la suya. No hay relojes  
y la gotera del lavamanos no sirve  
para contar el tiempo. Sólo materia huérfana,  
que no sabe cómo coserse los días a la piel.

Suele levantarse y arrastrar los pasos hasta la cocina,  
donde lo esperan las sopas enlatadas, la comida congelada, el  
danoshoylaconservadecadadía que llena  
los gabinetes. Toma alguno de los envases sin fijarse bien  
y se sienta a deglutirlo frente a la tele. No se mueve  
de su puesto, se queda mirando algún reality show,  
granhermano, therealife, jerseyshore, lo único  
que logra sintonizar con el aparato.  
Luego hace la ronda, repitiéndole a las hormigas  
y las cucarachas que se aglomeran en torno al bote  
de basura: maitines, laudes, prima, terciá, sexta,  
nona, vísperas, completas. Todas juntas,  
en una sola frase. Nunca toca el ángelus.

Desde que llegó, ha perdido la costumbre de rezar.  
Ya no se persigna antes de levantarse  
o al acostarse. De cuando en cuando  
se masturba. Rara vez se baña.  
No le gusta estar despierto, le parece que la vigila  
tiene algo que lo acerca al terror.  
Prefiere cerrar los ojos para soñar  
con ese juicio final que tanto se tarda,  
cuando los ángeles bajarán por la escalera de incendios  
del cielo y preguntarán a cada transeúnte  
sobre la calle mohosa:  
¿cuánto vale la arcilla de tu cuerpo?

Pero le cuesta mucho continuar durmiendo. Siempre  
despierta cuando el sueño llega a la mejor parte.  
Entonces vuelve a la cocina, a la tele, al coro  
de hormigas y cucarachas. Ocasionalmente se sienta  
junto a la mesa de noche y pasa largos ratos  
ojeando la guía de páginas amarillas.  
Le gusta releerla, a pesar de haber olvidado  
por qué. La encontró en una esquina del closet.  
Tiene registrados los nombres, direcciones,  
milagros y números de todos los santos.  
Pero no hay teléfono.



**Space Oddity**  
**(*Tristia*, Publio Ovidio Nasón)**

Ya no escribo  
para engañar a la distancia.

Aquí, en el fondo del mar,  
he desaprendido el arte  
del habla. Palabras tracias  
y escitas  
hacen nido en mi garganta  
como cangrejos.

Los peces pasan  
con los mismos ojos duros  
de los muertos  
y los cometas.

Constelaciones de algas,  
cardúmenes de asteroides minúsculos.

Aquí floto como un planeta  
que ha perdido el equilibrio.

\*\*\*\*\*

**Adalber Salas Hernández** (Venezuela). Poeta, ensayista, traductor. Autor de los libros *Salvoconducto* (XXXVI Premio de Poesía Arcipreste de Hita; Valencia, Pre-Textos, 2015), *mínimos* (Madrid, Amargord Ediciones, 2016) y *La ciencia de las despedidas* (Valencia, Pre-Textos, 2018), así como los volúmenes de prosa *Clarice Lispector: el lugar de la poesía* (Santiago de Chile, Ril Editores, 2019) y *Palabras sin dueño. Variaciones sobre la traducción literaria* (Ciudad de México, Dirección de Literatura UNAM / Periódico de Poesía, 2019). Ha publicado traducciones de Marguerite Duras, Antonin Artaud, Charles Wright, Mário de Andrade, Hart Crane, René Crevel, Pascal Quignard, Mark Strand, Lorna Goodison, Nicholas Laughlin, Louise Glück, Yusef Komunyakaa, Anne Boyer, Shara McCallum, Frankétienne y Patrick Chamoiseau. Ha publicado las antologías *Ai margini di un mondo sconosciuto* (Roma, Edizioni Fili d'Aquilone, 2018; traducción de Alessio Brandolini) y *De ningún viaje se vuelve* (Guadalajara, Mantis Editores, 2019).